

aplicó aquella á la navegación; el monje De Espina descubrió los anteojos, y el papa Silvestre II, el reloj de ruedas.»

«¡Cuántos sabios se admirarían», asegura otro escritor¹, «si les dijéramos que el doctor seráfico San Buenaventura vislumbró, hace seis siglos, la teoría de la termodinámica, ó la unidad y correlación de las fuerzas físicas! Sin duda estuvo muy lejos de nuestros especialistas en la aplicación de dicha teoría; pero no es menos exacto que él presintió esta ciencia y la enunció.

«El Venerable Beda explicó las mareas; el método de educar á los sordomudos se debe al beneditino Ponce de Oña, y fué perfeccionado por el abate de l'Epée; la introducción de las cifras árabes es debida al monje Gerberto, y otro monje, Guido de Arezzo, inventó las notas musicales.

«El religioso Alberto de Sajonia inventó los aeróstatos; el Padre Magnán, el microscopio; los Padres Lana y Beccario descubrieron las leyes de la electricidad; los jesuitas inventaron el gas; la meteorología ha recibido sus últimos perfeccionamientos de los Padres Piazzi, Denza y Secchi; el Padre Barranti ha inventado el moderador de freno de las locomotoras y el dominico Padre Embriaco el hidrocrómetro.

«¡Cuántos otros sabios han ilustrado los claustros ó dado un brillo incomparable á la cátedra sagrada! ¡cuántos escritores célebres, cuántos hombres distinguidos en las letras, cuántos viajeros ilustres, cuántos matemáticos, químicos, astrónomos y anticuarios, cuántos hábiles hombres de Estado! Nombrar á Sugerio, Jiménez, Alberoni, Richelieu, Mazarino, Fleury, ¿no equivale á recordar los más grandes ministros y los hechos más notables de la Europa moderna?»

Mencionaremos á otros miembros del clero que han hecho varios descubrimientos. El Padre Parsinelli inventó el anemógrafo y el abate Caselli el panteógrafo; el misionero Petitot es notable por sus estudios geográficos; el Padre Denza, por sus *Memorias* sobre las estrellas fugaces; el Padre Bertelli, por sus observaciones y sus aparatos microsismométricos;

¹ Cf. «Accusations contre la religion».

el abate Mercatelli, por sus estudios de los volcanes, y el Padre José Algué por su barociclómetro.

Después de recordar nombres tan preclaros y de hacer mención de las obras inmortales que nos han legado, ¿será justo que los adversarios de la Iglesia la llamen enemiga del progreso y que califiquen de credulidad y simpleza el acto de fe, siendo así que los más grandes sabios del mundo han rendido la frente ante las enseñanzas divinas? La Iglesia, desde su establecimiento en el mundo, es, según la hermosa frase de un escritor, como el sol en el Universo: ella difunde por todas partes luz y calor, penetra y se insinúa por doquiera, sin que nada escape á su influencia benéfica. Por esto De Maistre ha podido decir: Mirad un mapamundi; en donde se detiene el influjo de la Iglesia, allí se detiene la civilización; fuera de ella, todo es barbarie. La historia de la civilización es la historia misma del cristianismo, añade Donoso Cortés: escribir la una es escribir la otra.

CAPÍTULO DÉCIMO. LA FILOSOFÍA.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.— 2. La filosofía y la teología constituyen la fuente de los conocimientos humanos; auxilio que se prestan entre sí y subordinación de la primera á la segunda.— 3. Impotencia relativa de la filosofía.— 4. Daños que ha causado la filosofía desligada de la fe ú opuesta á ella.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.— Entre las ciencias del orden natural, ocupa el primer lugar la filosofía, la más noble, útil, amplia y profunda de todas ellas, tanto por su objeto y fin, como por el lustre que su estudio comunica á las facultades humanas.

Dotado el hombre de entendimiento, que es como un rayo y participación de la inteligencia divina, tiene aptitud de conocer é investigar la verdad, á la cual se siente irresistiblemente atraído. La filosofía guía al hombre en esta grata

labor, cuyo resultado es la consecución de la verdad, alegría y sosiego del alma.

Desde el momento en que la *lumbre interior* de la razón empieza á manifestarse en nuestro espíritu; desde que podemos reflexionar y darnos cuenta de nosotros mismos, se nos presentan problemas, á cual más arduos é importantes, acerca del mundo y sus leyes, del origen y destino último del hombre, de la vida presente y la futura, de la sociedad y su fin, de la Providencia y su gobierno, etc.; cuestiones que preocupan y agitan la mente humana, y de cuyo verdadero ó erróneo concepto y solución depende la suerte feliz ó desgraciada de los individuos y de los pueblos.

Ahora bien, la filosofía versa sobre estas y muchas otras utilísimas cuestiones, para cuya acertada solución necesita en muchos casos del apoyo de la fe; trata de los principios más universales y de las causas últimas de las cosas; se eleva á la consideración de los seres y de las razones inmatrimales; penetra, por medio de los fenómenos, en lo íntimo de la esencia, lo universal; dirige al entendimiento en sus labores; le suministra la base y el método para el cultivo de todas las ciencias, á las que *domina, aclara y completa*; le guía en la ardua faena de conseguir la verdad, preservándole de los escollos del error y de la noche de la ignorancia; mitiga, en fin, con el agua pura de la ciencia, la sed de instruirse que experimenta el hombre, sed que es el principal estímulo de su actividad intelectual. Según Santo Tomás, la filosofía es la ciencia del ser real ó posible¹; otros la definen, «el conocimiento de las cosas por sus últimas causas», y Cicerón la llama «la ciencia del conocimiento de las cosas divinas y humanas»²; definiciones que manifiestan la importancia de la filosofía, á cuyo dominio pertenece todo lo que existe, ó sea lo finito y lo infinito, lo divino y

¹ «Illa scientia est maxime intellectualis, que circa principia maxime universalis versatur. Que quidem sunt ens, et ea que consequuntur ens, ut unum et nulla, potentia et actus» (In libr. *Metaphys. Proemium*).

² «Sapientia... que divinarum humanarumque rerum, tum initiorum causarumque rei cognitione hoc pulcherrimum nomen apud antiquos adquebatur» (Tuscul. disp. v, 3). Cf. *Hettinger*, Timoteo.

lo humano, en cuanto pueden ser conocidos en las fuerzas naturales de la razón. «Es, pues, la filosofía la verdadera ciencia del pensamiento humano y, por lo mismo, la más general, la condición necesaria de las otras ciencias y el más sólido fundamento para la investigación de la naturaleza.»¹ «La filosofía es la hija predilecta de la razón y un poderoso auxiliar de todas las ciencias divinas y humanas.»²

«La filosofía enseña á pensar, á meditar, á darse cuenta de todo», dice Mons. Dupanloup³; «ella aclara en su mismo fondo las más profundas verdades; muestra sus lados luminosos y hace por consiguiente luminosas á las inteligencias. Hay siempre sombras en un espíritu que no ve filosóficamente las cuestiones... El objeto de la filosofía está en las ideas, en los principios, en las verdades necesarias y eternas; es decir, que la filosofía tiene de continuo nuestro espíritu en presencia de lo inmutable, de lo inmortal, de lo infinito; y por esto, aun cuando tenga su dominio propio, no deja de ser la filosofía, en un sentido muy verdadero, la ciencia general, la luz de las ciencias, á todas las cuales dirige é ilumina, porque es la ciencia de los principios; y de aquí el que toda ciencia y todo arte tengan su filosofía.»

«La filosofía es la obra más alta de la razón humana. Ella es muy superior á todas las otras manifestaciones de la potencia intelectual de que estamos naturalmente dotados; es la primogénita de las ciencias, y la más semejante á su madre común, á la facultad de razonar, de saber. Cuando se trata de los principios fundamentales del conocimiento —sujeto y objeto, evidencia, certidumbre, verdad—, la filosofía es indispensable á la razón, que sin ella no llegaría á darse cuenta de lo que conoce, ni de las condiciones y garantías con que lo hace.»⁴

«La filosofía es más importante que las ciencias naturales. Estas, en efecto, son especulativas ó prácticas. Desde el punto de vista especulativo, la filosofía es superior á las otras ciencias

¹ *Hettinger*, Timoteo.

² *Urráburu*, El verdadero puesto de la filosofía entre las ciencias.

³ Cartas sobre educación intelectual.

⁴ *Didot*, Un siècle: La philosophie.

por la dignidad de su objeto, que es el más grande y bello, puesto que abraza á Dios, al alma y al mundo; el más vasto, porque toca todas las materias que se dividen entre las otras ciencias; el más elevado, en fin, porque busca los primeros principios. Las ciencias experimentales y matemáticas no pueden tratar de Dios, ni del alma, ni de los primeros principios del mundo sin salir de su dominio.

«Desde el punto de vista práctico, la excelencia de una ciencia depende de la excelencia del fin que se propone. Ahora bien, las ciencias físicas y matemáticas tienden inmediatamente al bien temporal; la filosofía, al contrario, al demostrar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, excita á la práctica de la virtud, á la fuga del mal, y dirige al hombre al fin último en el orden natural.

«La utilidad de la filosofía es manifiesta, por cuanto perfecciona las facultades más nobles del alma y proporciona á una de ellas las reglas del juicio, y á otra la norma de conducta. Ella es el *lazo sintético* de todas las ciencias, en cuanto les suministra los principios fundamentales en que se apoyan, principios que las ligan entre sí. Todas las ciencias, observa Santo Tomás, se relacionan entre sí por los principios comunes, que sirven de base en sus ulteriores investigaciones.»¹

No sólo en el orden de las ideas sino también en el de los hechos y en el de las costumbres influye eficazmente la filosofía, una vez que el hombre procede en sus actos de acuerdo con los principios que profesa. «La filosofía debe por esto ocupar lugar preferente en la educación; pues opera una benéfica transformación en el alma del joven y establece el predominio de la razón, de la conciencia del deber y del respeto á Dios, allí donde dominan las impresiones, la imaginación, los sentidos acaso y las pasiones.... En una palabra, le hace más hombre.»² «A menos de haber hecho un curso serio de lógica y de filosofía cristiana teórica y moral, un católico es como un hombre sin coraza y sin armas en el

¹ *Farges et Barbédette*, Cours de philosophie scolastique.

² Cours de philosophie, par F. J.

conflicto intelectual que ruge en torno suyo», dice el cardenal Vaughan. «La literatura y la ciencia del día, la actividad intelectual y la conversación corriente de los jefes del pensamiento moderno exigen de un católico una sólida instrucción basada en la filosofía católica.»

«El fin de la filosofía», lo dijo antes Mons. Dupanloup¹, «es no sólo *saber bien*, sino *obrar bien*. Estudiar para conocer, conocer para amar, amar para practicar, tal es la filosofía. Se la mutila y despedaza deplorablemente; se la aleja de lo que tiene de más grande y esencial, cuando se la quiere considerar como una ciencia meramente especulativa y restringirla á lo que Bossuet llamaba con desdén el *filosófico puro*, es decir, la pura especulación y abstracción. Todo en la filosofía debe proponerse hacer mejores á los que se aplican á su cultivo.

«Es preciso enseñar á los jóvenes una filosofía práctica y moral, cuyo estudio dirigido con acierto operará una especie de transformación benéfica en su alma, y hará que predominen la razón, la conciencia, el deber, la virtud, el pensamiento de Dios, donde imperaban las impresiones, la imaginación, los sentidos tal vez y los primeros movimientos de las pasiones nacientes.

«El fin de la filosofía es formar lo que Platón llamaba *hombres filósofos*, esto es, hombres que comprenden el deber que tienen de esforzarse en que prevalezcan, en su vida, la razón, la conciencia, la voluntad divina, y que se deja de vivir como hombre cuando no se vive de ese modo.»

De estas breves reflexiones se deduce cuán importante es la filosofía, *de la que depende en gran parte la índole de las otras ciencias*², y cuán útil es conocerla aun para el gobierno de la vida. Por esto ha sido cultivada y estimada en todo tiempo por muy preclaros ingenios, que han encontrado sus delicias en esta ciencia, cuyos principios les sirvieron, además, de punto de partida para la solución de los problemas más intrincados del orden individual y social.

¹ «Educación superior».

² Encicl. *Æterni Patris*, del 4 de Ag. 1879.

El Oriente, que fué la cuna del linaje humano, lo fué también de la filosofía, que tomó grande incremento en Grecia y Roma; pero sobre todo progresó en la edad media, y en los tiempos modernos, por el benéfico influjo del catolicismo en el terreno filosófico. Por medio de la filosofía adquirió la historia misma mayor interés é importancia: porque, como dice Cousin¹, la relación de los hechos es el elemento exterior y, por decirlo así, concreto de una época...; mas la filosofía es el elemento interno, abstracto, ideal, reflejo; y por consiguiente la expresión más elevada de la misma época.

2. La filosofía y la teología constituyen la fuente de los conocimientos humanos; auxilio que se prestan entre sí, subordinación de la primera á la segunda.—La filosofía y la teología ocupan el centro de los conocimientos humanos y están íntimamente enlazadas entre sí, por las materias de que tratan y por el fin que entrambas se proponen. Por esto la Iglesia reputa erróneo y pernicioso aseverar que la filosofía no debe tener en cuenta la revelación sobrenatural².—Como á depositaria é intérprete de ésta, compete á la Iglesia el derecho de dirigir á la filosofía en sus investigaciones, para que no pugne con la doctrina revelada ni se aparte de ella.

Hemos manifestado ya la armonía que existe entre la razón y la fe; pero, como ahora se trata *ex professo* de las relaciones que median entre la teología y la filosofía, nos es preciso recordar lo antes dicho y aún entrar en nuevas consideraciones para la debida explicación de esta interesante cuestión.

Las verdades que pueden ilustrar al hombre y ser objeto de sus investigaciones, pertenecen á un doble orden: al natural y al sobrenatural. Corresponden al primero las que están al alcance de la razón, y al segundo las que exceden de sus fuerzas y nos son conocidas por la revelación. Ahora bien,

¹ Introd. á l'histoire de la philosophie.

² La proposición XIV condenada en el *Syllabus*, dice así: «Philosophía tractanda est nulla supernaturalis revelationis habita ratione.»

la razón y la fe se auxilian y apoyan mutuamente, hasta tal punto que, cuando proceden de acuerdo, progresan las ciencias y se dilatan sus horizontes: y, por el contrario, cuando luchan entre sí, experimenta grave daño el humano saber y se estrechan sus límites.

«No hay error más extendido y funesto en nuestros días, que el de suponer la existencia de un desacuerdo inconciliable entre la razón y la fe», dice el abate Fremont¹. «Se imaginan gratuitamente algunos que la fe se ocupa en un orden de cosas poético, estrafalario, extraño é injustificable, que no tiene correspondencia alguna con el orden humano y experimental. Esta concepción es radicalmente falsa; porque la fe, lejos de ser la antítesis de la razón, es, por el contrario, su glorioso y divino coronamiento. El cristianismo es la filosofía llevada á su último término. El cristianismo, como la filosofía propiamente dicha, cuyo objeto es el Universo y sus causas (estudiadas y conocidas sin el auxilio de la Revelación), se apoya en hechos muy positivos y muy reales referidos por la historia, si bien de un carácter especial.»

Santo Tomás establece dos principios fundamentales en este punto: «1º. El acto de fe es en sí mismo obscuro, y la voluntad es la que, movida por la gracia, mueve á su vez al entendimiento para que asienta á las verdades propuestas por la fe; 2º. los motivos que nos inducen á creer en la autoridad de Dios son ciertos y evidentes. Así considerada, la fe es una fe racional y su ejercicio constituye un acto eminentemente libre, moral y meritorio; poseyendo á la vez una perfección y certeza que sobrepujan á la puramente humana, porque su principio es Dios, primera y absoluta verdad.»²

Por esto el Concilio Vaticano, resumiendo toda la enseñanza de los Padres de la Iglesia acerca de este punto fundamental, ha definido que el acto de fe cristiana, si bien no puede

¹ Discours sur le rôle nécessaire de la foi.

² «Non enim crederet (homo) nisi videret ea esse credenda vel propter evidenciam signorum vel propter aliquid huiusmodi» (Summa theol. II, q. 2, a. 4 ad 2. Cf. In III Sent. dist. 23, q. 2, a. 3 ad 3; II, II, q. 2, a. 9 ad 3). Citas de *Hettinger*.

ser producido sino mediante la gracia divina, no es un acto ciego sino un acto de *lus*, un acto verdaderamente racional, basado á la vez en la veracidad divina y en las funciones normales de la inteligencia y de la libertad humanas.

Los que rehusan ejecutar este acto en el dominio religioso, no pueden negar, sin embargo, por poco espíritu de observación que tengan y con tal que obedezcan á las prescripciones del sentido común, que de *hecho* la fe, aun en el orden puramente natural, en la esfera de las cosas profanas, en la vida individual y social, es la condición necesaria de nuestros grandes triunfos, el resorte fundamental de nuestra actividad, la ley misma de nuestra naturaleza¹.

En efecto, el niño tiene fe en sus padres, el discípulo en el maestro, el esposo en la esposa, el amigo en el amigo; el sabio tiene fe en la ciencia, el pueblo en sus gobernantes, el soldado en su jefe, el artista en su ideal, el héroe en la causa por la que se sacrifica, la humanidad, en fin, en su glorioso porvenir. Luego la fe natural interviene en todos los actos de nuestra vida y es el móvil de nuestra actividad. Los pueblos no perecen moralmente sino cuando se extingue la fe; pues sin ella caen en el escepticismo, que es eminentemente estéril. La duda produce terribles males á los individuos y á los pueblos: «ella», dice Brunetière², «envra los caracteres, y tarde ó temprano, pero infaliblemente, acaba por extraviar la voluntad. La necesidad de creer siempre reaparece, por muchos esfuerzos que se hagan en contrario; y esto nace de que no podríamos obrar ni vivir, sin creer. La fe es no sólo la condición de toda acción, sino que es verdaderamente su principio y su resorte. En el origen de todas las grandes acciones se encuentra la fe, la creencia en algo que no se sabe, pero de lo que estamos seguros y aún convencidos; y por esto, si conocemos algunos mártires de la ciencia (y no quiero disminuir su mérito ni su gloria), mayor número de mártires tienen la creencia y la fe.»

¹ Cf. Fremont, Discurso citado.

² Discurso pronunciado en el tercer Congreso de la juventud católica.

Hablemos ahora del mutuo auxilio que se prestan la fe, y la razón. «Las verdades reveladas presuponen como base y fundamento las verdades racionales... Por esto la apologetica cristiana debe comenzar por admitir y asentir aquellas, so pena de carecer de base ó de principiar su trabajo por un paralogismo, aceptando lo que es precisamente contra ella, y dando por supuesto lo que debe probar antes de pasar adelante... La fe se prosterna ante Dios y lo adora: sin embargo, la fe, por respetuosa y humilde que sea, no se contenta con creer, con deferir simple y como ciegamente á la palabra revelada; en su necesidad de luz, procura ver, penetrar, comprender; llama en su auxilio á la razón, á la inteligencia, y las aplica á inquirir respetuosamente la palabra de Dios. Y he aquí un primer trabajo filosófico que nos es permitido hacer sobre el dogma; un trabajo de penetración. Esto es lo que San Agustín expresaba admirablemente con estas palabras: *Intelligas... rationis luce conspicias...*»¹

La razón, ilustrada por la sana filosofía, presta á la fe un triple servicio, dice el insigne Doctor Santo Tomás: 1º demuestra ciertas verdades que, siendo los preámbulos de la fe, son necesarias á la ciencia de la religión, v. gr. la existencia de Dios, su unidad y atributos, como también otras verdades relativas á las criaturas, verdades que presupone la fe; 2º refuta las objeciones contra la fe, sea probando que son falsas, sea haciendo ver que no son concluyentes; y 3º hace en cierto modo más *sensibles* las verdades de la fe, mediante ciertas comparaciones tomadas de las cosas humanas, como las empleadas por San Agustín en muchos lugares de sus libros sobre la Trinidad².

Inapreciables son, á su vez, las ventajas que de la fe reporta la razón, la cual, fortalecida y guiada por ella, penetra con seguridad en el mundo sobrenatural, y aun conoce con mayor exactitud y sin mezcla de error, como antes se indicó, muchas verdades naturales. «Si la razón», afirma Monfat³,

¹ Dupanloup, Cartas sobre educación intelectual.

² Super Boethium de Trinitate.

³ La pratique de l'éducation chrétienne.

«no está bien fuerte y nutrida, se ve como ofuscada por la verdad, sobre todo por las verdades superiores cuyo brillo la deslumbra en su camino y desconcierta en alguna manera su constitución débil. La razón se detiene entonces en la superficie, donde la media luz le impide ver lo que brilla en las profundidades, y en tal estado el sofisma se apodera de ella.... Mas, cuando la razón está fortalecida por la fe, no sucumbe ante las exigencias de la naturaleza. Los principios supremos de las cosas difunden en la inteligencia como un rocío de luz, con cuyos maravillosos resplandores descubre la belleza de lo que debe creer y la justicia de lo que debe practicar. El espíritu se siente *naturalmente cristiano* á medida que se posesiona de sí mismo y reconoce mejor el acuerdo que la verdad tiene con la razón y las simpatías que despierta en su corazón. *Las leyes divinas se justifican por sí mismas* (Ps. XVIII, 10). Dirigido y vigorizado por la fe, está pronto el hombre á dar cuenta de sus esperanzas, que son la base de sus creencias y el móvil de sus acciones, tanto á las pasiones de dentro como á los errores de fuera.»

«Por una sana y sólida filosofía, la razón se acerca, en cuanto su naturaleza le permite, á la inteligencia divina, á la sabiduría infinita. Mediante una verdadera filosofía, la razón sirve de *pedagoga* ó de introductora á la fe sobrenatural, como lo decían los primeros Padres de la Iglesia griega: porque la filosofía puede establecer con claridad y seguridad los preliminares teóricos, históricos y morales de la creencia en el evangelio.»¹

«Nada tan glorioso á la filosofía», añade Monfát², «como la investigación de las causas; pero esta altísima labor la expone á peligros que están en proporción con la excelencia de los asuntos sobre que versa. Necesita de un guía, y el más seguro y luminoso es la fe. La fe tiene por término á Dios contemplado en sí mismo; por autoridad, la palabra infalible de Dios; por medios, el auxilio prometido y necesariamente fiel de Dios. Su extensión es ilimitada: directamente, ó por inducción y reflejo, gran parte de las verdades que son objeto de las

¹ *Didot* l. c.² L. c.

ciencias y están en contacto con la filosofía, ya en su fundamento, ya en su cima, no pueden sin grave daño prescindir de la fe. Asirse de ésta, interrogarla, iluminarse con su luz es un elemento de seguridad y de grandeza para la filosofía.

«De *seguridad*, desde luego. Siendo absolutamente ciertas las verdades de la fe, todo lo que las contradice es necesariamente falso. El error y sus tinieblas son á modo de arrecifes contra los cuales el orgullo de la ciencia chocha y naufraga, como lo comprueba á menudo la historia de la filosofía. Cuéntense, si es posible, los sistemas extravagantes, inmorales, impíos que se han inventado para explicar el origen del mundo, su gobierno, la naturaleza y causa del mal, el último fin del hombre, y nos convenceremos de la exactitud de esta afirmación.

«La dependencia de la fe es cuestión de vida ó muerte para la filosofía; y la Iglesia se ha mostrado eminentemente sabia y cuidadosa de los intereses vitales de esta ciencia, cuando ha condenado los desdenes desastrosos y criminales de tantos ingratos hacia la Revelación: *Philosophia tractanda est nulla supernaturalis revelationis habita ratione*.

«Es también elemento de *grandeza*. Semejante al faro que brilla durante la noche, la fe suple las deficiencias de la razón; y como la brújula dirige la nave, ella guía á la inteligencia en su marcha por el océano de la verdad, en el que una inspiración secreta la impulsa á avanzar más y más: *dux in altum*. Los secretos que se ocultan en la profundidad de las cosas burlándose de las fuerzas de la razón; las causas que no se descubren sino lentamente, unas después de otras...; las razones finales del ser, las leyes de soberana simplicidad: hé aquí lo que una razón que se estima, desea conocer: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*.... Que pida esta dicha á la fe quien, al introducirla *dentro del velo* y en lo *íntimo* de Dios, le acostumbrará á percibir los rayos de la divina esencia, que hacen ver en las cosas las huellas de la infinita belleza de su Autor. La fe da á la razón una intuición más rápida y segura de las leyes de los cuerpos y de los espíritus, enseñándole á descubrir en los primeros los vestigios, y en los segundos la imagen de la divinidad.»

«Tenga la filosofía la vista fija en el faro resplandeciente de la Revelación; escuche como fiel discípula y esclava la voz de ese infalible guía y maestro; abrácese cual flaca hiedra con ese árbol de ciencia y vida; que ese abrazo en nada perjudicará á su verdadera libertad, ni matará su independencia dentro de su esfera, y, por decirlo así, su propia personalidad, sino que traerá grandes provechos á la misma filosofía.»¹

Tratando León XIII de la armonía que debe reinar entre la teología y la filosofía, y del mutuo apoyo que entrambas se prestan, dice: «No en vano dominó Dios la mente de los hombres con la luz de la razón, la cual, lejos de ser extinguida ni disminuída por la luz sobreañadida de la fe, es antes bien perfeccionada por ella, acrecentada su virtud y hecha hábil para más altas especulaciones. Es, pues, muy conforme al orden establecido por la divina Providencia, para atraer á los pueblos á la fe y á la salud, acudir aún al auxilio de la ciencia humana: procedimiento sabio y laudable, del que han hecho uso frecuente los más ilustres Padres de la Iglesia, como lo comprueban los monumentos de la antigüedad. Estos mismos Padres asignaron, en efecto, á la razón un puesto importante, que San Agustín expresa en pocas palabras, *al atribuir á la ciencia humana aquello por lo que la fe saludable es engendrada, nutrida, defendida y fortificada.*»²

Según la doctrina de este Padre, «hay una especie de reciproco influjo entre la ciencia humana y la divina, entre la filosofía y la teología. Si la primera suministra á la segunda

¹ *Uryduru*, La filosofía y la ciencia sagrada.

² «Non enim frustra rationis lumen humane menti Deus inseruit; et tantum abest, ut superaddita fidei lux intelligentie virtutem extinguat aut imminuat, ut potius perficiat, auctisque viribus habilem ad maiora reddat.— Igitur postulat ipstus divine Providentie ratio, ut in revocandis ad fidem et ad salutem populis etiam ab humana scientia presidium quaeratur: quam industriam, probabilem ac sapientem, in more positam fuisse preclarissimorum Ecclesie Patrum, antiquitatis monumenta testantur. Illi scilicet neque paucas neque tenues rationi partes dare consueverunt, quas omnes perbrevit complexus est magnus Augustinus, *hinc scientia tribuens ... illud, quo fides saluberrima ... gignitur, nutritur, defenditur, roboratur*» (De Trinit. I, XIV, c. 1). Encycl. *Aeterni Patris*.

argumentos, demostraciones, analogías y métodos que la afirman y la acercan á la razón humana; la fe proporciona á la razón la clave para la solución de los problemas más transcendentales de la filosofía, de la moral y de la historia, sobre los cuales esparce vivísima luz. La fe, que aun en el orden puramente humano y natural es anterior á la razón, lo es mucho más cuando se trata de la fe divina, la cual, por consiguiente, lejos de excluir á la ciencia, le prepara más bien el camino (*credimus, ut agnoscamus ... crede, ut intelligas*), afirma sus pasos y ensancha su horizonte. Por eso también el ideal de la filosofía cristiana envuelve y entraña la marcha paralela, armónica y relativamente independiente de la razón y de la Revelación, de la ciencia filosófica y de la ciencia teológica.»¹

Si la teología trata de las verdades del orden sobrenatural, y la filosofía de las del natural, es muy justo que ésta se someta á aquélla, en cuanto es de su incumbencia, y que la tome por guía en todo lo que excede á las débiles fuerzas de la razón. Además, aun cuando las ciencias tienen entre sí estrecho enlace, por dedicarse todas á la investigación de la verdad, no por esto son iguales, sino que hay unas superiores á otras, según las materias de que tratan. Entre ellas corresponde el primer lugar á la teología sobrenatural, ó sea, á la ciencia de Dios y de las cosas divinas, adquirida por la Revelación. El estudio de esta ciencia aprovecha mucho á las otras, y en especial á la filosofía, porque les descubre amplios horizontes y las auxilia eficazmente para el conocimiento exacto de muchas verdades del orden natural, como antes lo manifestamos. Oigamos al cardenal González²: «Si es misión propia de la filosofía marchar y moverse en busca de la verdad, una vez que Dios entregó el mundo á las *disputas de los hombres*; si la investigación perseverante, profunda, consciente de la realidad objetiva y de la verdad absoluta, constituye la función especial y característica de la filosofía—*philosophia querit veritatem*—; no es menos cierto

¹ Cita del card. González en su «Historia de la filosofía».

² L. c.

que pertenece á la teología descubrir y afirmar esa realidad en su sentido más amplio, poner al hombre en comunicación íntima y perfecta con esa verdad absoluta; porque la fe divina que le sirve de punto de partida—*fides quaerens intellectum*—, y la palabra de Dios que le sirve de norma y de luz, derraman vívidos resplandores sobre los problemas más trascendentales que discute la filosofía, en atención á que esa fe divina entraña y representa una derivación inmediata de la razón infinita, que es á un mismo tiempo la realidad completa, el ser infinitamente real y la verdad absoluta, la norma primitiva de toda verdad: *Theologia invenit veritatem*. . . . Según afirma Lactancio, la suma del saber humano consiste y debe buscarse en la unión de la religión y la ciencia; porque, si la religión sin ciencia es poco digna del hombre, en cambio la ciencia sin religión es insuficiente y no merece grande estima.*

De lo anterior se deduce que la filosofía recibe positivos servicios de la teología, y que es absurdo prescindir de ésta para constituir á aquélla en maestra y señora de todas las verdades, aun de las superiores al alcance de nuestra inteligencia, como pretenden los racionalistas. Á la filosofía la llama Santo Tomás *sierva* de la teología; porque, no obstante su grande importancia entre las ciencias humanas, sirve únicamente de *vestíbulo* á la ciencia de Dios, según la expresiva frase del cardenal Pie¹.

Inférese de esto que la teología se diferencia de la filosofía y le es superior: 1º Por la diversidad de *principios* en que se apoyan; pues los de la teología son sobrenaturales, como fundados en la Revelación, y los de la filosofía naturales, ó sea fundados en la razón. 2º Por el grado de *certeza* de entrambas ciencias; pues la de la filosofía es natural, humana y no tan firme como apoyada en principios naturales; mientras que la certeza teológica es fruto de la fe, y, por tanto, infalible, sobrenatural y divina. 3º El *objeto* de la teología es

* Non enim accipit theologia sua principia ab aliis scientiis, sed immediate a Deo per revelationem, ait divus Thomas. Et ideo non accipit ab aliis scientiis, tamquam a superioribus, sed utitur eis tamquam inferioribus et ancillis» (Encycl. *Providentissimus Deus*).

Dios, conocido, no por las fuerzas naturales de la inteligencia, sino mediante la divina revelación; mientras que el objeto de la filosofía son únicamente las verdades adquiridas con solas las luces de la razón¹.

3. Impotencia relativa de la filosofía.—Por grandes que sean las conquistas de la razón; por muchas que sean las verdades y secretos que el hombre haya arrancado á la naturaleza; por eximios que sean los ingenios de que se gloria la humanidad; es innegable que la inteligencia no llegará á enriquecerse con todas las verdades del orden natural ni á recorrer en toda su extensión el campo vastísimo de la ciencia; porque, en castigo de la rebelión primitiva, la ignorancia obscureció la mente humana, condenada desde entonces á ruda labor para adquirir y ensanchar sus conocimientos. Cada verdad descubierta en el mundo científico, cada arcano descifrado en la naturaleza son el resultado del esfuerzo de muchos hombres y aun de generaciones enteras que van recorriendo lentamente la escabrosa senda del saber, sin que sea siempre segura ni la ruta misma trazada por los que marchan á la vanguardia de la civilización. Especial en las ciencias físicas, ¡cuántos principios que parecían inconcusos, cuántas hipótesis que se juzgaban fundadas han sido después combatidas y desautorizadas por los nuevos descubrimientos y adelantos de dichas ciencias! La misma filosofía desprovista de la Revelación, como aconteció en el paganismo, ó apartada de ella, como en nuestros tiempos, ha caído y cae en lamentables errores acerca de Dios, del hombre y del mundo; lo que manifiesta la impotencia en que está de conocer por sí misma todas las verdades naturales.

La filosofía debe, por lo mismo, confesar que no le es dado comprender todo, ni investigar todo; debe convencerse de que se expone á extraviarse, cuando sin guía seguro eleva su vuelo á regiones inexploradas; debe sobre todo inclinar humilde su frente ante el mundo sobrenatural y aceptar agradecida las enseñanzas de la fe. Cuando procede de otro modo, viene á ser víctima del error y del sofisma, que, con

¹ Cf. *Hettinger*, *Timoteo*.

apariencias de verdad y de bien, causan gravísimo daño al espíritu humano.

¡Ah, cuán poderoso es el imperio del sofisma en nuestros días; cuántos que se llaman filósofos son únicamente hombres insubstanciales, desprovistos de ciencia y de rectitud! «Mientras los filósofos», dice Mons. Dupanloup¹, «representan en la humanidad la luz, los sofistas representan las tinieblas, y su aparición anuncia siempre catástrofes... Hoy, por desgracia, los sofistas pululan entre nosotros, y ningún tiempo fué acaso más fecundo que el nuestro en este linaje de espíritus. A cada paso, en los periódicos, en los libros, en todas las cuestiones de política, de moral, de literatura, se encuentra uno en frente de un sofista ó de un sofisma. Preciso es decirlo también: el triste enervamiento de espíritu en que nuestra época ha caído, les es muy favorable. Como el torbellino levanta en los aires el polvo de la tierra, así en nuestros días el polvo sofístico se ha elevado en nuestra atmósfera intelectual y moral. Sofistas de todas especies han aparecido: tales son los que se empeñan en arruinar toda creencia; los que, sin llevar tan lejos la audacia de la negación, deshonoran la filosofía con su manera indigna de tratar la verdad; los retóricos, más bien que filósofos, que, por la vaciedad de sus ideas, la esterilidad de sus métodos, la hinchazón de sus palabras, la ridiculez de sus pretensiones, han llegado á hacer de la filosofía—ciencia tan alta como grave—los unos la cosa más hueca, los otros la cosa más altanera, y en el fondo la más hostil á la religión y á la sociedad, digna por tanto del desprecio de las gentes honradas.»

«La raza de los sofistas no se acabó», dice el Padre Urráburu², «vive entre nosotros más pujante que nunca. En nuestros días vocea por todas partes cierta clase de escritores que, siguiendo las huellas de los enciclopedistas franceses, han levantado cátedra, verdadera cátedra de pestilencia, contra la verdad católica, contra la santa Iglesia de Dios. Sus armas son la calumnia más cínica, la falsificación de la historia, el

¹ L. c.

² «El verdadero puesto de la filosofía entre las ciencias».

más criminal abuso de la ciencia por medio del refinado manejo del sofisma; vagas é inexactas descripciones en vez de definiciones; ampulosas afirmaciones sin una prueba; conceptos confusos y equívocos, faramalla de gárrula palabrería y paralogismos certeramente encubiertos, son otras tantas redes en que caen lastimosamente aun personas de alguna instrucción.»

La filosofía se eleva á las causas, contempla los principios necesarios y deduce las consecuencias; pero con solas sus fuerzas tampoco puede resolver el problema del destino humano, ni vislumbrar nada de lo que se realiza más allá del sepulcro. Para el materialista, el hombre, que es el producto efímero de la materia y de sus fuerzas, vuelve después de la muerte á la materia de que salió. La personalidad se desvanece y destruye, lo que es desesperante. Para el pantheísta, el hombre, al término de sus días, entra en el *gran todo*, se confunde con él y se aniquila, ya que no hay sino una substancia única, cuyas formas variadas son efecto de su inconstante y necesaria manifestación. La filosofía es, por tanto, incompetente para resolver esta cuestión.

Sólo el que oye la voz de Dios, y consulta no solamente la sabiduría humana sino también los oráculos del cielo, hallará la verdadera armonía, y entenderá debidamente que el destino del hombre es inmortal y el mundo lugar de tránsito, en que debe aquél atesorar buenas obras para merecer la eterna gloria. Allí sólo será eternamente feliz, y quedarán satisfechos todos sus deseos con la visión de la divina esencia. Por esto dice Santo Tomás, que fué necesaria para la salud humana una doctrina revelada, á más de la ciencia filosófica, que investiga las cosas con la luz de la razón¹.

«Antes de la luz del evangelio estaban las escuelas filosóficas en las tinieblas de la más profunda ignorancia sobre nuestro origen y destino», dice Balmes², «y ninguna de ellas sabía cómo explicar esas monstruosas contradicciones que en el hombre se notan; ninguna atinaba á señalar la causa de

¹ Cf. «L'homme selon la science et la foi». Summa theol. I, q. 1, a. 1.

² El protestantismo comparado con el catolicismo.

esa informe mezcla de grandeza y pequeñez, de bondad y malicia, de saber é ignorancia, de elevación y baja. Vino la religión y dijo: *El hombre es obra de Dios; su destino es unirse á Dios para siempre; la tierra es para él un desierto; no es tal ahora como salió de las manos del Criador; todo el linaje humano sufre las consecuencias de una gran caída: y yo emplazo á todos los filósofos antiguos y modernos para que me muestren cómo en la obligación de creer todo esto se encierra algo que se oponga á los progresos de la verdadera filosofía.*»

En cuanto supera á sus alcances, está la filosofía en el deber de someterse á la fe, aceptar agradecida su apoyo, acatar y defender sus enseñanzas; porque, «siendo limitadas las fuerzas de la inteligencia humana, está expuesta á muchos errores é ignora de por sí muchas cosas. Por el contrario, la fe católica, estribando como estriba en la autoridad de Dios, es maestra certísima de la verdad; y el que la sigue, ni cae en lazo alguno de la extensa red tendida por el error, ni son poderosas á conturbarle las olas de la duda. Por esta razón aquéllos hacen uso rectísimo de la filosofía, que al estudio de esta ciencia juntan el obsequio debido á la fe cristiana; ya que el esplendor de las verdades divinas, recibido en el ánimo, ayuda al mismo entendimiento, y lejos de amenguar en lo más mínimo su dignidad, le confiere mucha nobleza y le torna más agudo y vigoroso.... Razón tuvo el Concilio Vaticano para recordar en estos términos los beneficios que debe la razón á la lumbre de la fe. *La fe libra y defiende á la razón de los errores, y la enriquece con variados conocimientos.* Por esto el verdadero sabio jamás acusará á la fe de enemiga de la razón y de las verdades naturales, sino antes bien agradecerá á Dios y se alegrará vivamente de que, entre las muchas causas de ignorancia y en medio de las olas del error, brille ante sus ojos la santísima fe, como estrella de salvación, mostrándole el puerto de la verdad, sin que haya peligro de perderlo.»¹

¹ «Cum humana mens certis finibus, usque satis angustis, conclusa tenetur, pluribus erroribus, et multarum rerum ignorantioni est obnoxia. Contra

4. Daños que ha causado la filosofía desligada de la fe u opuesta á ella.—Íntimo es el enlace que debe existir entre la fe y la filosofía, y constante el auxilio que tienen que prestarse entre sí, como acabamos de verlo. Por esto, cuando la filosofía prescinde de la Revelación ó pugna con ella, ocasiona gravísimos males en el orden intelectual y moral, y de amante é investigadora de la verdad se convierte en esclava del error y estimuladora del vicio.

Inestimables beneficios ó terribles daños ha hecho á la humanidad la filosofía, según el rumbo que ha seguido. Como los individuos y los pueblos proceden de acuerdo con los principios y verdades que profesan, es indudable que la filosofía, que trata de cuestiones importantísimas del orden social, influye eficazmente en la prosperidad ó retroceso de aquéllos. Si la filosofía admite el materialismo ó el sensualismo; si rechaza el mundo sobrenatural, con sus premios y castigos eternos; si niega la inmortalidad del alma y la responsabilidad de sus actos; si enseña doctrinas perniciosas; si se rebela, en una palabra, contra la fe, no tardan en venir la corrupción de costumbres, la anarquía y el despotismo, cumpliéndose el dicho de un filósofo cristiano, que, cuando aparece el monstruo del error, luego asoma el monstruo del crimen.

En efecto, muchos de los errores, cismas y herejías que han afligido al mundo cristiano se deben, en gran parte, al mal uso de la filosofía y en especial á la afirmación gratuita

fides christiana, cum Dei auctoritate nitatur, certissima est veritatis magistra; quam qui sequitur, neque errorum laqueis irretitur neque incertarum opinionum fluctibus agitur. Quapropter qui philosophicæ studium cum obsequio fidei christianæ coniungunt, hî optime philosophantur; quandoquidem divinarum veritatum splendor, animo exceptus, ipsam luvat intelligentiam; cui non modo nihil de dignitate detrahit, sed nobilitatis, acuminis, firmitatis plurimum addit. — Merito igitur Vaticana Synodus preclara beneficia, que per fidem rationi prestantur, his verbis commemorat: 'Fides rationem ab erroribus liberat ac tuetur, eamque multiplici cognitione instruit' (Constit. dogm. de fide cath. c. 4). Atque idcirco homini, si saperet, non culpanda fides, veluti rationi et naturalibus veritatibus inimica, sed dignæ potius Deo gratiæ essent habendæ, vehementerque lætandum, quod inter multas ignorantie causas et in mediis errorum fluctibus sibi fides sanctissima illuxerit, que, quasi sidus amicum, citra omnem errandi formidinem portum veritatis commoustrat' (Encycl. *Æterni Patris*).

de que existe pugna entre la Revelación y la razón, y de que ésta debe considerarse como absurdo é inexistente cuanto no puede comprender. Así lo manifiestan los extravagantes sistemas y falsas teorías que desde el comienzo de la era cristiana hasta nuestros días se han propuesto conmoviendo el edificio social y religioso.

Sobre todo la revolución francesa, de fines del siglo XVIII, tan fecunda en males de todo género, debió su origen, antes que al puñal de Marat, Danton y Robespierre, á las perniciosas doctrinas de Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas. «La licencia filosófica y la política de los girondinos precipitaron á Francia en las escenas sangrientas de 1793.» «No es posible», decía el Primer Cónsul, «gobernar un país donde tantas personas leen á Voltaire.»¹

¡Ah! ¡de cuántas desgracias y peligros se libertarian los pueblos si la filosofía cumpliera siempre su noble misión de enseñar la verdad y difundir los sanos principios de la moral!

«Cuando vacila ó está falseada la filosofía, se convierte en la peor enemiga de la fe y de la razón misma. No hay corrupción más nociva que la suya en el mundo intelectual y científico; y el buen sentido tiene mucho más que temer de la sofística que de los errores de la física ó de la química, de la mecánica ó de la biología. La falsedad filosófica tiende necesariamente á llegar á ser el vicio práctico: una metafísica mentirosa se transforma luego en inmoralidad, en irreligión, en revolución social. La historia de las ideas de un pueblo ó de una época se identifica con la historia de sus buenas ó malas costumbres.»²

Con razón el sabio Pontífice León XIII atribuía los males de la época actual á la filosofía incrédula y materialista, tan en boga en muchas escuelas.

«Al fijar la vista», dice, «en la triste condición del siglo y abarcar con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados, échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan, nace de que opiniones erróneas sobre las cosas

¹ *Monfat, L'éducation chrétienne.*

² *Didot, artículo citado.*

divinas y humanas han invadido, desde las escuelas filosóficas, todas las esferas de la sociedad y se han apoderado de un gran número de espíritus que las han recibido con aplauso.

«Porque, como es natural en el hombre seguir en sus acciones el juicio de la razón, en pervirtiéndose ésta luego peca también la voluntad; y así acaece que la malicia de las opiniones, cuyo sujeto propio es el entendimiento, influye en los actos humanos y los vicia. Por el contrario, si la inteligencia está sana y se apoya con firmeza en principios sólidos y verdaderos, será ella, para la sociedad y para los individuos, fuente de grandes ventajas é innumerables beneficios.»¹

La filosofía bien estudiada ha producido en todo tiempo inmensos bienes; pues ha cooperado poderosamente no sólo á ilustrar la inteligencia y formar las buenas costumbres, sino también á difundir la doctrina revelada. Por esto los Padres y Doctores de la Iglesia echaron mano, como de auxiliares poderosos, de los sanos principios de la filosofía cristiana y de todo lo bueno que hay en la pagana, para propagar el evangelio en el mundo. De todos ellos se puede decir lo que de Orígenes, que entresacó ingeniosamente muchas sentencias de los gentiles, como quien arrebató las armas á los enemigos para emplearlas con rara habilidad en defender la fe y en destruir la superstición. Cuando el entendimiento está sano y estriba con firmeza en principios sólidos y verdaderos, causa muchos bienes, tanto en lo público como en lo privado, según dice el sabio Pontífice León XIII.

¹ «Si quis in acerbíatem nostrorum temporum animus intendat, earumque rerum rationem, que publice et privatim gerantur, cogitatione complectatur, is profecto comperiet, secundam malorum causam, cum eorum que premunt, tum eorum que pertimescimus, in eo consistere, quod prava de divinis humanisque rebus scita, e scholis philosophorum iampridem profecta, in omnes civitatis ordines irrepserint, communi plurimorum suffragio recepta. Cum enim insitum homini natura sit, ut in agendo rationem ducem sequatur, si quid intelligentia peccat, in id et voluntas facile labitur: atque ita contingit, ut pravitas opinionum, quarum est in intelligentia sedes, in humanas acciones influat, easque pervertat. Ex adverso, si sana mens hominum fuerit, et solidis verisque principiis firmiter insistat, tum vero in publicum privatumque commodum plurima beneficia progignet» (Encycl. *Aeterni Patris*).

«Tan distante se halla el dogma católico de contrariar en nada los adelantos filosóficos, que antes bien es de todos ellos fecunda semilla», dice Balmes¹. «No es poco, cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un eje alrededor del cual, como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento; no es poco evitar ya desde el principio una muchedumbre de cuestiones de cuyos laberintos ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos; no es poco, si se quieren examinar esas mismas cuestiones, el tenerlas ya resueltas de antemano en lo que encierran de más importante, el saber dónde está la verdad, dónde el peligro de extraviarse. Entonces el filósofo es como aquel que, seguro de la existencia de una mina en algún lugar, no gasta el tiempo en vano para descubrirla; sino que, fijándose luego sobre el verdadero terreno, aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos.»

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

LA FILOSOFÍA.

(Conclusión.)

1. La filosofía pagana y la cristiana.—2. La filosofía escolástica y sus servicios.—3. Santo Tomás de Aquino.—4. León XIII, restaurador de la filosofía tomista.—5. Carácter de la filosofía moderna: sus errores dominantes.—6. Método para estudiar con provecho la filosofía.

I. La filosofía pagana y la cristiana.—La filosofía adquirió notable desarrollo en la antigüedad, que cuenta en éste, como en otros ramos del saber, con ilustres ingenios, cuyas obras son aun hoy consultadas con provecho. Mas, por la íntima relación que existe entre las creencias y las costumbres, se nota que, á medida que el respeto á Dios y la práctica de la moral fueron debilitándose en el mundo antiguo, también la filosofía fué desviándose de la senda de la verdad y convirtiéndose en instrumento de perversión para

¹ El protestantismo comparado con el catolicismo.

los individuos y los pueblos. Con todo, por mucha que haya sido la corrupción del paganismo, el culto á la verdad y al bien—que es el fin de la filosofía—tuvo siempre adeptos; por lo que puede afirmarse que siempre ha habido filósofos en el mundo. Además, la antigüedad llegó también á un alto grado de civilización, sobre todo en Egipto, Persia, Grecia y Roma, y toda civilización, por incipiente que sea, entraña una filosofía, como dice el cardenal González¹; así como toda concepción religiosa entraña una civilización en armonía con la religión, que le sirve de base y norma fundamental.

La India, el Egipto, la China, la Persia, en una palabra, los principales pueblos de Oriente, fueron el teatro de las primeras evoluciones filosóficas, que de ordinario se confundían con las creencias religiosas y eran consignados en los libros sagrados; pero indudablemente llegó la filosofía á su apogeo en las escuelas de Grecia y Roma, naciones adornadas (en especial la primera) de dotes relevantes para los estudios filosóficos y literarios. Desde el famoso Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica, hasta Enesidemo, representante de la escuela escéptica, positivista y empírica, que fué más ó menos contemporánea de Cicerón, muchos ingenios de la docta Grecia se dedicaron al cultivo de la filosofía: conocidos son los nombres de Anaximandro, Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Empédocles, Parménides, etc., y, sobre todo, los de Sócrates, Platón y Aristóteles, genios extraordinarios que se elevaron á una altura sorprendente, pudiéndose decir que no hubo cuestión de moral ó de filosofía especulativa que no tratasen con lucidez, y en muchos casos con acierto: por lo que Minucio Félix juzga que las teorías de los principales filósofos gentiles, como las de Pitágoras y Platón, acerca del alma humana, etc., eran sombras y reminiscencias de la doctrina revelada por Dios y enseñada por los profetas.

Sócrates es, sin duda, entre los filósofos paganos el que enseñó y profesó la moral más pura. El conocimiento de sí mismo es la base de su filosofía; el deber del hombre y el mejor empleo de sus facultades consisten en investigar

¹ Cf. «Historia de la filosofía».